

amor; ⁽¹⁾ sabemos que antes éramos esclavos del pecado, ⁽²⁾ y que ahora lo somos de la justicia, ⁽³⁾ servidores de Jesucristo, ⁽⁴⁾ los libertos del Señor; ⁽⁵⁾ sabemos que hemos sido libertados por Jesucristo, ⁽⁶⁾ que hemos venido á ser sus hermanos, ⁽⁷⁾ hijos de Dios, ⁽⁸⁾ que por adopción ⁽⁹⁾ hemos entrado en la familia divina, que somos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, ⁽¹⁰⁾ llamados á participar de su reino y de su gloria». ⁽¹¹⁾

Todo esto es tan grande, que no es de asombrarse que sucumbamos casi bajo el peso de la impresión que tales pensamientos producen en nosotros. Quizá también esa impresión no es tan profunda como debiera serlo, porque nuestra debilidad niégase á seguirlos. No obstante, el Espíritu de Dios mismo dice: «Somos ahora hijos de Dios, y lo que un día seremos todavía no se ha manifestado, pero sabemos que, cuando eso se manifieste, seremos semejantes á Él». ⁽¹²⁾

Mas danse dos consideraciones que á nosotros se imponen, y que, si les damos cabida en nuestro corazón, deben ya bastar para que se transforme por completo nuestra vida entera.

Consiste la primera en representarnos lo que la gracia de Dios hizo de nosotros. El hombre—conocémonos bien ¿á qué insistir en ello?—el hombre, polvo y ceniza, ⁽¹³⁾ el hombre atado á la vanidad, ⁽¹⁴⁾ el hombre, cosa que todavía es peor, que se complace en la vanidad del mal, ⁽¹⁵⁾

(1) Col., I, 13.

(2) Rom., VI, 16.

(3) Rom., VI, 17.

(4) Eph., VI, 6.

(5) I Cor., VII, 22.

(6) Gal., IV, 31.

(7) Rom., VIII, 29. Hebr., II, 11.

(8) Ioan., I, 12. Rom., VIII, 16.

(9) Rom., VIII, 17.

(10) Rom., VIII, 15. Gal., IV, 5. Eph., I, 5.

(11) I Thess., II, 12.

(12) I Ioan., III, 2.

(13) Gen., XVIII, 27.

(14) Rom., VIII, 20. Psalm., CXLIII, 4.

(15) Eccli., XVII, 29.

el hombre cuyos pensamientos todos hállanse inclinados al mal desde su juventud, ⁽¹⁾ de tal manera se vió colmado de gracias por la misericordia y la bondad de Dios, que no tan sólo es llamado hijo de Dios, sino que realmente lo es. ⁽²⁾

Es algo tan inconcebible, que ese mismo hombre siéntese como llevado á dudar de esos inmensos favores de Dios, ó á aminorarlos. Algunos herejes de estrechas miras han tratado de interpretar las palabras de la Sagrada Escritura en el sentido de que el hombre es considerado en gracia por Dios, tan sólo exteriormente, en tanto que interiormente permanece pecador como antes. Según ellos, basta con que Dios nos impute los méritos de su Hijo, como si fueran nuestros, y que su santidad nos envuelva exteriormente como un manto, de tal suerte que, al mirarnos, no vea el pecado que sigue viviendo en nuestro interior, sino tan sólo la vestidura exterior que Dios nos prestó.

¡Pues bien, no! Ese es un error monstruoso. Las palabras de Dios deben tomarse literalmente, y en su más estricto sentido. Su poder no ha sufrido disminución. Lo que hace, hácelo por entero; si nos hace hijos suyos, danos también el espíritu de adopción. ⁽³⁾ No seguimos siendo pecadores, sino que nos hacemos nuevas criaturas. ⁽⁴⁾ Borrados quedan los pecados, ⁽⁵⁾ y la justicia, aquella que de Dios procede, inunda nuestros corazones, ⁽⁶⁾ al propio tiempo que el amor de Dios por el Espíritu Santo que se nos da. ⁽⁷⁾ Así hacémonos templos del Espíritu Santo, ⁽⁸⁾ santos, ⁽⁹⁾ santificados en el espíritu de Dios, ⁽¹⁰⁾ participantes

(1) Gen., VI, 5; VIII, 21.

(2) I Ioan., III, 1.

(3) Rom., VIII, 15.

(4) II Cor., V, 17. Gal., VI, 15.

(5) Act. Ap., III, 19.

(6) Phil., III, 9.

(7) Rom., V, 5.

(8) I Cor., III, 16; II Cor., VI, 16.

(9) Rom., I, 7; I Cor., VII, 14. Col., III, 12.

(10) Rom., XV, 16.

de la naturaleza divina, ⁽¹⁾ á la vez que deificados en cierto sentido. ⁽²⁾

He ahí una primera enseñanza que nos da la fe, una verdad que nos eleva tanto como nos abaja y humilla bajo el peso de la dignidad que nos impone.

La segunda consiste en que, no obstante las gracias inmensas con que nos colmó, Dios nos ha testimoniado una gran confianza, y nos dejó el honor de terminar su obra en nosotros, mediante nuestra propia actividad. ⁽³⁾ Es por su parte una disposición á propósito para llenarnos del más santo orgullo, y para excitar en nuestro corazón el celo más generoso.

«Transformaos por la renovación del Espíritu;—hase dicho—⁽⁴⁾ despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestid el hombre nuevo creado según Dios en una justicia y una santidad verdaderas. ⁽⁵⁾ Sí, revestíos del Señor Jesucristo, ⁽⁶⁾ pues sois una raza escogida, un sacerdocio real,

(1) II Petr., I, 4. Thom., 1, 2, q. 110, a. 2 ad 2, Scheeben-Weiss, *Herrlichkeiten der göttlichen Gnade* (6), 35 y sig.

(2) Θεωσις (deificatio): Dionys. Areop., *Cæl. hier.*, 1, 3 (Migne, 3, 124, a); Pachymeres, *Paraph. in Cæl. hier.*, c. 1, § 3 (Migne, 3, 136, a); Maximus Confess., *Quæst. ad Thalass.*, 9 (Migne, 90, 285, b); *Centur.*, 1, 42 (Migne, 90, 1193, d); *Centur.*, 5, 94 (Migne, 90, 1388, d); *Ep.* (Migne, 91, 640, c); θεοποιεῖν, θεοποιός: Dionys. Ar., *Cæl. hier.*, c. 1, § 1 (Migne, 3, 121, a); *Ep. 2 ad Caj.* (Migne, 3, 1068, a); Athanas., *Ep. ad Serap.*, 1, 24 (Migne, 26, 588, a); Cyrill. Alex., *De Trinit. dial.*, 7 (Migne, 75, 1097, c); Maximus Conf., *Centur.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, b); θεοῦν, θεοῦσθαι: Dionys. Ar., *Ep. 2 ad Caj.* (Migne, 3, 1069, a); Pachymeres, *Paraph. in Cæl. hier.*, 1, 3 (Migne, 3, 136, b); Maxim. Confess., *Ep.* 12 (Migne, 91, 468, c); *Ambigua* (Migne, 91, 1280, b); θεωρηεῖσθαι: Maximus, *Ambig.* (Migne, 91, 1088, c); θεωρηγία: Dionys. Areop., *Eccl. hier.*, c. 3, III, § 5 (Migne, 3, 432, b); Maxim. Conf., *Schol. in h. l.* (Migne, 4, 141, b); *Quæst. ad Thalass.*, 63, 34 (Migne, 90, 692, a); *Ambig.* (Migne, 91, 1168, a); ἐκθέωσις: Maxim. Confess., *Quæst. ad Thalass.*, 22, 2 (Migne, 90, 321, d); *Centur.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, a); *Opuscula theol.* (Migne, 91, 36, a); *Ambig.* (Migne, 1113, b); εἰς θεότητα μεταδόλη: Maxim. Conf., *Centur.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, b); θεοειδής: Dionys. Ar., *Cæl. hier.*, c. 1, § 3 (Migne, 3, 124, a); χριστοειδής: Dionys. Areop., *Eccl. hier.*, c. 7, I, § 2 (Migne, 3, 553, c); Maxim., *Ambig.* (Migne, 91, 1300, a); θεοφόρος, θεοειδής καὶ θεός: Maxim., *Ambig.* (Migne, 94, 1085, c), etc....

(3) Esta doctrina expúsola hermosamente San Agustín, cuando dice: «Dios, que sin ti te crió, no te salvará sin ti.»—N. del T.

(4) Rom., XII, 2.

(5) Col., III, 9, 10. Eph., IV, 24.

(6) Rom., XIII, 14.

una nación santa, un pueblo adquirido para anunciar las perfecciones de Aquél que os llamó á su admirable luz». ⁽¹⁾

¡Qué misión verdaderamente divina la que al hombre le fué impuesta!

La deificación, he ahí el fin último para el cual Dios le crió. ⁽²⁾ El Cristo hízose hombre para elevarnos mediante su abajamiento, y otorgarnos en su encarnación una prenda de nuestra transformación en Dios. ⁽³⁾

Y nosotros mismos podemos colaborar en esa obra; hasta debemos darle la última mano, y llegar á la deificación, no solamente por la gracia que Dios derrama sobre nosotros, ⁽⁴⁾ sino también mediante la imitación del mismo Dios en nuestra conducta. ⁽⁵⁾

¿Quién puede creerlo? ¿Quién puede contemplar su vida, de igual manera que todas las disposiciones divinas referentes á la salvación del mundo, sin sentirse dominado por el más santo entusiasmo?

6. Su eficacia estudiada en los Apóstoles.—Tal fué igualmente la consecuencia que de hecho se siguió, cuando el mundo hubo comenzado á entender tales verdades.

Apenas el Espíritu Santo las hubo manifestado á los Apóstoles, hasta entonces tan cobardes y tan obtusos, cuando los judíos, al ver su conducta, decían meneando la cabeza: «Llenos están de vino nuevo». ⁽⁶⁾

Ciertamente,—dice San Cirilo Jerosolimitano—⁽⁷⁾ estaban ebrios, pero era de la plenitud del Espíritu Santo. No es, pues, de admirarse entonces que su entusiasmo traspasase toda medida. Ciertamente, estaban ebrios, pero era de la plenitud de la casa de Dios, pues que bebían del torrente de sus delicias. ⁽⁸⁾ Ciertamente, estaban ebrios, pero ebrios

(1) I Petr., II, 9.

(2) Maxim. Conf., *Centur.*, 1, 42 (Migne, 90, 1193, d).

(3) *Ibid.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, a. b).

(4) Maxim. Conf., *Opusc. theol.* (Migne, 91, 33, a); *Ep.* 24 (91, 609, c); *Ep.* 43 (91, 640, c).

(5) Θεωμιμησία: Dionys. Areop., *Cæl. hier.*, c. 13, § 3 (Migne, 3, 304, a); θεωμιμητος ἐνέργεια: *ibid.* (Migne, 3, 301, c), etc.

(6) Act. Ap., II, 13.

(7) Cyrill. Hieros., *Catech.*, 17, 18, 19.—(8) Psalm., XXXV, 9.

de la plenitud de la gracia que da muerte al pecado, vivifica el corazón y hace conocer cosas hasta entonces ignoradas.

En esa santa embriaguez, no sabían si estaban en sí ó fuera de sí mismos, ⁽¹⁾ si estaban en su cuerpo ó fuera de él. ⁽²⁾ En tal estado, veían el cielo abierto, ⁽³⁾ y oían palabras misteriosas, que á ninguna boca humana es dado pronunciar; ⁽⁴⁾ tenían resplandeciente el rostro como ángeles, ⁽⁵⁾ y hablaban con energía tal, que sus mismos enemigos no podían resistirles, ⁽⁶⁾ sino que se veían obligados ó bien á echar mano de la violencia contra ellos, ó á exclamar: «Estáis locos». ⁽⁷⁾

En esa santa embriaguez, encontraban la fuerza necesaria para sufrir humillaciones y sacrificios, que parecían traspasar las fuerzas humanas. Bajo su influencia, el Apóstol de las gentes hacíase pequeño, hasta el punto de cuidar á sus fieles como una nodriza cuida de sus niños. ⁽⁸⁾ ¿Quién se sintió débil, sin que él se haga débil con él? ⁽⁹⁾ ¿Quién se vió caído, sin que él se sintiera abrasado? ⁽¹⁰⁾ Hacíase el siervo de todos; tornábase débil con los débiles, hacíase todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo. ⁽¹¹⁾

En esa santa embriaguez, los Apóstoles, antes tan cobardes, viéronse de tal suerte transformados, que salían de los tribunales gozosos de haber sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesús. ⁽¹²⁾

En esa santa embriaguez, San Pablo cárgase de miserias y de privaciones, de las cuales él mismo dice que ex-

(1) II Cor., V, 13.

(2) II Cor., XII, 2, 3.

(3) Act. Ap., VII, 55.

(4) II Cor., XII, 4.

(5) Act. Ap., VI, 15.

(6) Act. Ap., VI, 10.

(7) Act. Ap., XXVI, 24.

(8) I Thess., II, 7.

(9) II Cor., XI, 29.

(10) *Ibid.*

(11) I Cor., IX, 19, 22; X, 33.

(12) Act. Ap., V, 41.

cedían á cuanto es dado imaginar. Vióse encarcelado, con frecuencia vió de cerca á la muerte; recibió latigazos, fué vapuleado y lapidado; naufragó, pasó un día y una noche en los abismos: corrió peligro sobre las olas, peligro con los bandoleros, con los de su nación, con los gentiles, peligro en las ciudades, peligro en los desiertos, peligro en el mar, peligro entre los falsos hermanos. Trabajos, penas, vigiliás, hambre, sed, ayunos, frío, desnudez, todo lo sufrió. ⁽¹⁾ Después, además de todo eso, trataba duramente á su cuerpo y le reducía á servidumbre, temiendo que, después de haber predicado á los demás, no se viese él mismo desechado. ⁽²⁾

En esa santa embriaguez, cumplía las obras más increíbles, tan sólo con la palabra de la verdad, la fuerza de Dios y las armas de la justicia. Pasó sano y salvo á través del fuego y del agua, la gloria y la vergüenza. Tratábasele de impostor, y, no obstante, era verídico; parecía desconocido, y, sin embargo, bien conocido era; mirábasele como moribundo, y, no obstante, vivía; como triste, y hallábase siempre gozoso; como pobre, y enriquecía á muchos; como no teniendo nada, y poseyéndolo todo. ⁽³⁾ Se le maldecía, y él bendecía; perseguíasele, y era sufrido; se le calumniaba, y rogaba; se le tenía por insensato á causa del Cristo, como las barreduras del mundo y el desecho de los hombres, y precisamente por eso era dado en espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres. ⁽⁴⁾

7. Su eficacia estudiada en la historia de la Iglesia.—¿Quién no ve ya en todas esas palabras y en todas esas acciones, un bosquejo anticipado de la vida de todos los santos, esos hombres por la conducta de los cuales demostró la Iglesia, en todos tiempos, que el es-

(1) II Cor., XI, 23 y sig.

(2) I Cor., IX, 27.

(3) II Cor., VI, 7 y sig.

(4) I Cor., IV, *passim*.*

(*) Hermosa es la página que antecede, referente á S. Pablo; pueden los lectores ver, tocante al mismo asunto, los párrafos dedicados por L. Veuillet, el P. Faber y Ernesto Hello.—N. del T.

píritu de los Apóstoles continuaba viviendo en ella con igual fuerza que antes?

«De esa misma embriaguez de la fe y de la caridad,—dice San Agustín—⁽¹⁾ hallábanse poseídos los mártires, cuando despreciaban los atractivos del mundo, abandonaban toda posesión terrena, renunciaban á su familia, rompían los lazos más legítimos y más sagrados, y caminaban alegres al encuentro de los sufrimientos para los cuales no se hizo la humana naturaleza. Sus hijos, lo que tenían más querido aquí abajo, cosíanse á ellos; sus ancianos padres, destrozados por el dolor, partíanles el corazón con sus lágrimas y sus sollozos; mas ellos, embriagados por el Espíritu Santo, nada veían ni oían nada del dolor de sus prójimos; entregábanse al martirio como á una fiesta nupcial».

De esa misma embriaguez hallábanse penetrados los mensajeros de la fe, y los pastores del rebaño de Dios, que se apartaban de las dulzuras de la patria, para llevar la semilla de la palabra divina á comarcas desconocidas, y seguir edificando esta Iglesia adquirida por el Señor al precio de su sangre. En celo tal, hacían fructificar lo más posible los dones que se les habían otorgado, y recogían para sí y para aquellos que se les habían confiado centuplicados frutos.

Fuese ó no propicia la ocasión, enseñaban, rogaban, conjuraban, exhortaban, reducían á los extraviados, resistían á los lobos rapaces con peligro de su vida, combatían el error, fortalecían á los débiles, reunían á los dispersos, levantaban de nuevo los demolidos muros del santuario, multiplicábanse de increíble modo, manejando ora la espada, ora la paleta, prodigándose aquí como enfermeros, allá como jefes de combatientes, pero siempre dispuestos, en cuanto defensa de sus rebaños, á ofrecer el cuello á la espada de los impíos para dar testimonio de la verdad y para animar á los tímidos.

De esa misma embriaguez hallábanse llenos millares y

(1) (Augustin.) *Append. sermo*, 182, 5.

millares de seres humanos, que abandonaban á su padre, á su prometida, su herencia, su patria, para esconderse en el desierto ó en la soledad con los animales salvajes y entregarse pacíficamente al cuidado de su alma. Hubieran podido vivir libres, ricos, considerados; pero escogían libremente el yugo de Jesucristo, la pobreza por esposa, y soportaban el verse tratados por el mundo como *minus habentes*, desechos de la sociedad. En medio de penosos trabajos durante el día, y de prácticas de mortificación y de oración durante la noche, luchaban sin cesar con la esterilidad del suelo y su ruin naturaleza. Nada les era necesario para sí. Lo que adquirían á costa de su trabajo, pertenecía á los pobres y á los que viajaban. Muertos estaban para el mundo; mas con eso daban pruebas de ser bienhechores de la humanidad, faros en el agitado mar. Si alguno se veía atormentado por necesidades espirituales ó corporales, refugiábase junto á ellos, y partía consolado. Sufrían por todo un mundo. Eran con todos caritativos. Tan sólo consigo eran severos. No tomaban alimento ni descanso, mientras tenían deberes de caridad que cumplir. Apiadábanse de las faltas ajenas; expiábanlas con sus penitencias; pero ellos mismos manteníanse en cuerda como prisioneros. Vigilaban sus ojos, su lengua, todos los movimientos de su corazón. Por la menor falta imponíanse tan duras penitencias que, ora el mundo les acusaba de pecadores ocultos, ora se mofaba de ellos como de hipócritas rematados.

De esa misma embriaguez hallábanse poseídas débiles mujeres, cuando se levantaban á luchar con los hombres, y obtenían brillantes victorias. Ante los tribunales, como á la vista de los instrumentos de tortura; en el desierto, como en sus esfuerzos para conquistar el mundo para Dios, jamás faltaron á su misión.

Esas almas generosas renunciaban á los placeres de la tierra, al matrimonio, á las dulzuras de la vida de familia, para poder darse exclusivamente al celestial esposo. Llevaban siempre en su cuerpo la muerte de Jesús, para que

su vida se manifestase en su carne mortal. ⁽¹⁾ Mas, cuanto mejor renunciaban al mundo en su corazón, más ricas hacíanse en frutos de bendición. No hay miserias que sus manos y su corazón no hubiesen aliviado, ni necesidades para las cuales no hubiesen hallado remedio. Los pobres, los ciegos, los estropeados, los leprosos, los ancianos, los enfermos, los moribundos, los ignorantes, los niños abandonados, las víctimas de la seducción, los prisioneros, han encontrado en humildes vírgenes, madres, y más aún que madres. Cuanto la humanidad necesitó: pan, vestidos, fuego, albergue, cuidados, instrucción, alientos, consuelos, fuele dado por esos ángeles de misericordia. El mundo ha-se preguntado con asombro de dónde sacaban todo eso. Tomáronlo del tesoro de su corazón, que el amor del Espíritu Santo, en unión con sus sacrificios, había colmado, hasta tornarle inagotable.

Mas, sea que derramasen sus obras de caridad por todo el mundo, sea que retornasen con crecido interés á su Redentor el amor que él mismo les prestaba, creían, sin embargo, que nunca hacían lo bastante. Un pesar les hostigaba incesantemente, el ver que su corazón era demasiado pequeño, su caridad hartó fría, y sus manos sobrado débiles. Cuantos más beneficios hacían, más vivamente sentían la necesidad de exclamar: «La caridad de Jesucristo nos urge». ⁽²⁾

8. La mística cristiana inseparable del Cristianismo.—De cuanto acabamos de manifestar, claramente se ve que la mística cristiana nació el día mismo en que la doctrina cristiana se manifestó á los hombres en todo su alcance. He ahí porque no desaparecerá del mundo en tanto haya seriedad en el Cristianismo.

Ciertamente, es opinión muy extendida que la mística es una invención posterior á los primeros tiempos del Cristianismo, una creación debida á la imaginación de almas ociosas, en castigo de su aislamiento enfermizo del mun-

(1) II Cor., IV, 10.

(2) II Cor., V, 14.

do, ó, á lo sumo, una cosa de supererogación, aunque hermosa, porque, en el Cristianismo, debemos distinguir cuidadosamente lo principal de lo accesorio. Mas tal manera de ver, no es admisible. Lleva á una lógica tan peligrosa como la funesta enseñanza de los *artículos fundamentales*, fecunda raíz de donde han brotado el racionalismo y el indiferentismo.

No, la mística no tiene doctrinas, no tiene dogmas aparte. Ni aun tiene una concepción especial de la Revelación ó de cualesquiera verdad de fe particular. Tampoco tiene moral que le sea propia. ⁽¹⁾

Naturalmente, se aprovecha también del privilegio de que gozan todos los cristianos, esto es, de la libertad de aplicar, á las necesidades personales y á la situación de la época, las doctrinas y los principios del Cristianismo, dentro de los límites permitidos por la Iglesia. Desde este punto de vista, hay ciertamente en la mística, como en la teología, tendencias, escuelas particulares. Mas éstas, si son legítimas, no difieren entre sí, y no se distinguen de lo que ordinariamente es cristiano, sino en cosas secundarias.

Ciertamente, danse diversos grados en lo esencial del Cristianismo; pero no hay más que una sola doctrina y una sola moral.

El Apóstol resumió esto en términos maravillosamente breves y completos: «Hay un solo cuerpo y un solo espíritu, como igualmente habéis sido llamados á una sola esperanza por vuestra vocación. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, obrando por todos y permaneciendo en todos. Mas á cada cual de nosotros la gracia fué dada según la medida del don del Cristo». ⁽²⁾

La mística cristiana no es otra cosa que la ejecución y la aplicación perfecta de las enseñanzas y de los deberes

(1) Para el estudio de los fundamentos dogmáticos de la mística, véanse los numerosos tomos que al asunto dedicó el Abate Sauvé, con el título de «Elevaciones Dogmáticas», obra de riquísimo contenido, expuesto en forma brillantísima.—N. del T.

(2) Eph., IV, 4 y sig.